



Al Reverendísimo Padre
FRANCESCO PETRILLO
Rector General
de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios

Con alegría he recibido la noticia que vuestra Orden se prepara a conmemorar con un especial Año Jubilar el IV centenario de la muerte del Fundador, San Juan Leonardi, acaecida en Roma el 9 de octubre de 1609. Sin duda esta es una ocasión propicia para profundizar su mensaje espiritual, que es actual incluso hoy.

En tal feliz ocasión, gustoso me uno a Usted y a sus hermanos esparcidos por todo el mundo, y extendiendo mi afectuoso pensamiento a los devotos y a cuantos participaran en las solemnes celebraciones jubilares, deseando de todo corazón que ellas sean para todos una renovación en lo espiritual y apostólico. Estoy seguro que el Instituto de los Clérigos Regulares de la Orden de la Madre de Dios al actualizar la institución carismática será el primero en extraer del ejemplo del Fundador coraje y estímulo, respondiendo así, como en su tiempo él lo hizo, a las expectativas y desafíos que la sociedad pone hoy a cuantos quieren adherir íntimamente a Cristo. Al mismo tiempo, este Año Jubilar será una oportunidad providencial para que la comunidad cristiana pueda agradecer al Señor por los abundantes frutos de santidad y sabiduría dados a este dócil servidor del Señor.

Juan Leonardi resplandece en el firmamento de los santos como faro de generosa fidelidad a Cristo. En una sociedad convulsionada como la del tardo renacimiento, entre la segunda mitad del 1500 y principios del 1600, él se preocupó para que entre sus contemporáneos volviese a brillar la luz de Cristo y se advirtiese el calor del amor misericordioso de Dios. Su corazón y su mente, constantemente escondido con Cristo en Dios, ejercitaron, aunque entre muchos contrastes y obstáculos de todo tipo, un encanto atrayente en aquellos que vivieron la aventura de encontrarlo. Él nunca se cansaba de invitar a cumplir en la Iglesia con humilde perseverancia la indispensable reforma de la propia vida, para estar cada vez más en sintonía con las enseñanzas del Evangelio. Al Papa Pablo V así escribía: *“No se busque en el cuerpo aquello que no se encuentra en la cabeza; comencemos desde los primeros – cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, y párrocos, a los cuales se les pide directamente el cuidado de las almas – y lleguemos hasta los últimos, es decir, desde los jefes hasta los niños, para que estos no se vean descuidados por aquellos en que debe iniciar la reforma de las costumbres eclesiásticas”* (de una carta del Santo conservada en el archivo de la Orden).

El secreto de su intensa actividad apostólica, que va desde la catequesis hasta la reforma religiosa, de la asistencia a los marginados de distinto tipo a la formación de un proyecto de una vasta acción misionera y compromiso en la cultura, todo en la absoluta fidelidad a una vida dedicada a Cristo de manera total y sin reserva. El reconocimiento del primado de Dios, de la importancia de la oración, de la práctica del evangelio sin reserva, son condiciones indispensables para ser auténticos cristianos.

Esto es lo que anunció y vivió San Juan Leonardi, apóstol incansable que, sin dejarse abatir por las contrariedades, se convirtió en el período post tridentino en un reformador en todos los campos, que con una mirada amplia trabajó por la sanación de diversos componentes de la Iglesia, en sintonía con otros santos de la época, como Felipe Neri, Carlos Borromeo y José de Calazans, ahora desde el cielo continúa sosteniendo a cuantos, siguiendo sus enseñanzas, se convierten a Dios para ser apóstoles de la nueva evangelización.

Me agrada recordar que, poco antes de morir, San Juan Leonardi aconsejó a sus hermanos la fidelidad a la propia vocación, la obediencia sobrenatural, la reciproca caridad y la incesante búsqueda del Reino, para realizar aquellas palabras de Pablo *“spectaculum facti sumus”* (1 Cor. 4,9) a él tan queridas. Este lema, que es casi su testamento espiritual, hoy él lo confía no sólo a la familia religiosa por él fundada, los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, sino que también a toda persona que desea caminar hacia la perfección evangélica.

Deseo de todo corazón que el heroico testimonio de este fascinante hombre de Dios, reconocido por la Iglesia y propuesto como modelo a seguir por los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sea cada vez más conocido y se convierta para muchos en un llamado a vivir con pasión y entusiasmo la propia fe en las actuales circunstancias. Con tales sentimientos y deseos, mientras invoco la celestial intercesión de la Madre de Dios, con gusto imparto a Usted, Reverendísimo Rector General, y a sus Hermanos una especial Bendición Apostólica, que con afecto extiendo a todos los devotos de San Juan Leonardi.

Castel Gandolfo, 9 de Septiembre de 2008

Benedictus PP XVI